

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

La lección de Pigüi

En un gran corral, Pigüi vivía con su madre. Pigüi era un pollito suave y blandito; tenía las patas amarillas y sus ojos brillaban de tal manera que daban ganas de mirarlos todo el tiempo; eran muy brillantes. Y tenía una manera muy ingeniosa de guiñar un ojo y mantenerlo cerrado durante mucho tiempo mientras miraba a su alrededor con el otro. Pigüi tenía una buena madre que quería mucho a su pollito y vigilaba de cerca que todo fuera cómodo para él. Cuando el pequeño se despertaba con el cacareo del rey de la granja, se asomaba bajo las alas de su madre y observaba cómo el sol se iba haciendo más pequeño a medida que subía en el cielo, y luego miraba la hierba, tan fresca después del baño nocturno.

“Todo es tan bonito en este mundo. ¿Hay algún otro pollo tan feliz como yo?”, pensó Pigüi mientras tomaba su buen desayuno.

Un día vinieron a vivir cerca unos vecinos nuevos, muy jóvenes, con su madre. Eran ruidosos, pero de tan buen carácter que Pigüi ansiaba conocerlos; estaba seguro de que le caerían bien. Las madres pronto se hicieron amigas y, aunque una de ellas era un pato, su amistad, al igual que la de sus hijos, era buena. Tenían largas charlas y muchos paseos agradables, y todo iba bien hasta que una cálida mañana llegaron a un charco de

agua. Los patitos, con su madre, se lanzaron al agua y no tardaron en flotar graciosamente. Pigüi también quería participar; sabía que no sabía nadar, pero corrió hasta la orilla y, metiendo sus piecitos en el agua, disfrutó del frescor. Pero el suelo sobre el que estaba se inclinaba muy suavemente y debía estar un poco resbaladizo, porque Pigüi sintió que se deslizaba lenta pero inexorablemente hacia las profundas aguas.

¡Pobrecito Pigüi! Sólo pudo gritar un par de veces: "¡Pi, pi!", y cuando su madre se volvió para mirar, vio que su bebé iba sin duda a la muerte. ¡Oh! Qué rápido corrió hacia la orilla, agitando las alas y llorando lastimosamente. Mamá Pato, al ver el problema, nadó rápidamente hacia el lugar y empujó a Pigüi hacia la orilla con su ancho pico, lo que lo hizo subir a la hierba seca. Pigüi siguió a su madre a casa, caminando muy despacio y en silencio. No podía andar deprisa, porque estaba empapado y tieso. Creo que la vieja gallina lo sabía, porque era una madre muy considerada, y también creo que lo sentía por su hijo, que no había dicho ni pío en todo el camino. Cuando se acercaban a casa, la madre se volvió y le dijo:

—No olvides nunca, hijo mío, que unos están hechos para ir por el agua y otros para quedarse en tierra firme. Cuando terminó la cena, nuestro amiguito se quedó de pie, pensando y guiñando un ojo. Todos los plumíferos se iban a la cama; primero una gallina y luego otra, con un sonoro cacareo, volaban a un palo de su elección y se instalaban para pasar la noche. Las flores a lo lejos también parecían cansadas; algunas incluso habían

cerrado sus copas, y la brisa veraniega las mecía suavemente hasta dormirlas. El zumbido de los insectos había desaparecido y el sol se iba rápidamente. El pequeño Pigüi seguía allí, con la cara hacia el atardecer.

—Es hora de dormir —dijo su madre—, pero dime primero en qué está pensando mi pollito. Pigüi se acercó despacio a su madre y, justo antes de esconderse bajo su ala protectora, dijo:

—Estaba pensando, querida madre, que algunos están hechos para ir por el agua y otros para quedarse en tierra firme.

Su madre sonrió y contestó:

—Eso es cierto, querido. Cada uno de nosotros tiene sus propios puntos fuertes y habilidades, y siempre debemos aprovecharlos y utilizarlos en nuestro beneficio.

Pigüi se acurrucó junto a su madre y se quedó dormido, sintiéndose seguro y querido. Mientras soñaba, se imaginaba todas las aventuras que podría vivir en tierra firme y todos los nuevos amigos que podría hacer. Sabía que era tan especial como cualquier otro animal de la granja y que su madre siempre estaría ahí para apoyarlo.

A la mañana siguiente, Pigüi se despertó entusiasmado y dispuesto a explorar. Miró al mundo con sus ojos



brillantes y chispeantes y supo que todo era posible. Con un cacareo feliz, salió de debajo del ala de su madre y empezó a explorar su casa, ansioso por ver qué le deparaba el día.